

Estimado brigadier Cristino

Castropol, a veinte de octubre de mil novecientos dos

Estimado brigadier Cristino:

Le escribo estas líneas en respuesta a su afectuosa carta del tres del corriente. Lo primero esperar que al recibo de la presente se encuentre usted bien. Después del desastre en Cuba de sobra es sabido el riesgo que nuestros soldados corren en los enclaves de ultramar y lo menos que desearía es que pudiera sucederle a usted ningún mal. Cierto es que Fernando Poo es plaza afecta, pero haría usted bien en tomar cuantas precauciones estén a su alcance no siendo que las condiciones en esos territorios pudiesen llegar a cambiar. Me contaba en su última carta que están a punto de trasladarle a la península y que, según sus previsiones, ello conllevaría el ascenso al generalato cosa que, a quienes le conocemos, nos llenaría de alegría. Ojalá eso suceda pronto, sobre todo por cuanto toca a su seguridad personal.

El motivo de mi contestación, sin embargo, no es lo tocante a su carrera militar, sino responder a la generosa oferta de matrimonio que me hizo en su última carta. Le diré que quedé abrumada con sus palabras y que no creo merecer los elogios que en ellas me dedica. Que daría hasta su última gota de sangre por su madre, por Dios, por la Patria y por mí son —a mi parecer— excesos que, si bien me halagan, me abruman sobremanera, pues no creo estar a la altura de su santa madre ni del amor que debe profesarse por Dios y por España. Además, detallaba usted en su propuesta la vida que tiene planificada para la mujer a la que tome como esposa. Dada mi “lozana juventud y la nobleza de mi estirpe” —copio literalmente sus palabras— me dice que su ambición es criar en mi compañía hijos sanos, temerosos de Dios y amantes de la Patria. Respecto a eso siento decirle que lo que usted tan gentilmente me ofrece no es la vida a la que mi difunto padre me acostumbró. En su puesto de secretario de embajada, mi madre y yo tuvimos que acompañarle a París, Londres, Zurich y Estocolmo y debo decirle que a lo que allí me hice, difícilmente podría encontrarlo en un pequeño pueblo de Asturias. Cierto que amo —como toda persona bien nacida— el lugar en el que vine al mundo pero,

sinceramente, no creo que fuese capaz de desempeñar el papel de esposa y madre abnegada en la pequeña localidad que a ambos nos vio nacer. Como a la mayoría de las mujeres, creo que me satisfaría tener hijos, pero creo que aún no ha llegado ese momento. Soy una persona todavía joven y tengo otros proyectos para mi futuro. En primer lugar deseo seguir viendo mundo. Y, aunque le parezca extraño mi propósito, me gustaría también desarrollar una carrera profesional como a la que usted mismo y tantos hombres tienen derecho. Hablo y escribo con propiedad en tres idiomas y he estudiado en algunas de las mejores escuelas de señoritas de Europa, por lo que creo que estoy capacitada para ello. En estos momentos me encuentro esperando noticias de uno de los amigos que mi difunto padre dejó en Madrid y, si finalmente el mismísimo conde de Romanones diera autorización para ello, presumo que podría entrar como auxiliar en el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Supongo que le parecerá extraño que una mujer se afane en trabajar en el negociado de un ministerio, pero esa y no otra es mi aspiración inmediata. La cuestión, estimado brigadier Cristino, es que yo no daría mi sangre por usted. Ni siquiera por mi país. Lo que anhelo dar a mi país no es mi vida, sino mi trabajo. Creo que de esa manera podría contribuir a la regeneración de la que —después de la triste pérdida de nuestras colonias— tan necesitada está España. Así pues, sintiéndolo vivamente, he decidido declinar su amable petición de casamiento.

Puesto que desconozco cuál será el destino en el que pueda encontrarse al recibo de estas líneas, las remitiré a la Comandancia de Marina de Oviedo para que, desde allí, la Armada se las haga llegar al lugar al que el servicio a España le haya llevado en este momento.

Sin más, deseando que consiga la sumisa y leal esposa que merece, se despide suya afectísimamente:

Valentina